

DIRECTORA

La Serenísimá Sra. D.<sup>a</sup> María de la Paz de Borbón de Baviera

INFANTA DE ESPAÑA

Núm. 83

Salamanca 15 de Diciembre de 1912

Año VII

## DE MI VIDA

IMPRESIONES



El día 12 del XII mes del año 12, fecha que no volverá nunca más, cerró para siempre los ojos el mejor de los Regentes.

Todos los bávaros lloramos la pérdida de un corazón que tan paternalmente supo velar sobre sus súbditos».

Esto me escribe, para darme el pésame desde un pueblo de Baviera, la mujer de un *aduanero*. Y así sienten y piensan todos.

¡Qué diremos nosotros, para quienes fué siempre verdaderamente un padre!

En los treinta años que llevo en Baviera, he tenido ocasión de apreciar lo que valía como gobernante y como hombre de sentimientos delicados; una cualidad tan hermosa y tan rara. Tengo un





**S. A. R. visitando sus famosas colecciones de plantas y flores en los invernáculos de Nymphenburgo**

archivo especial en el fondo de mi corazón para esos rasgos. Con qué cariño me habló de María Teresa y me preguntó todos los detalles cuando volví ahora de España. Estaba al corriente de todo lo que pasaba en el mundo, a pesar de sus noventa y un años.

Sabíamos que son pocos los hombres que alcanzan la edad de cien años y, por consiguiente, que había entrado en el último decenio de su vida. Sin embargo, cuando antes de amanecer el día 12 llamó el lacayo a la puerta, sentimos el golpe en el corazón. «Que se vistan deprisa los chicos, que hay que ir a Palacio».

Sobre su cama parecía dormir el Regente; tenía en la mano un sencillo crucifijo de madera y vestía la chaqueta de caza que usan los aldeanos en las montañas de Baviera.

Personificaba la Patria chica ese hombre que había contribuido a la formación de la Patria grande. Con ese traje está retratado hasta en los sellos de correo: porque para él ir de caza era irse a pasar largas temporadas en medio del pueblo, acariciando los niños, estrechando la mano a los viejos y escuchando lo que cada uno le contaba de sus familias y de sus negocios. Tenía un dón especial para tratar al pueblo. El Jueves Santo, después de lavar los pies a los doce pobres, charlaba un poco con cada uno, y con tal de asistir a ese detalle daba yo por bien empleadas todas las largas ceremonias de etiqueta que precedían.

Siempre había cumplido con su deber y por eso dormía tan tranquilo. Y por eso el dolor de su inseparable hija la Princesa Teresa y de su anciana hermana la Duquesa de Módena era callado, profundo y resignado. «Ha rezado en alta voz hasta el final» me decía su hija. ¡Qué hermoso es tener fe!

A los pocos momentos de morir se improvisó un altar en la misma alcoba y se han celebrado muchas misas. No hay palabras que consuelen lo que consuela el rezar juntos.

El día siguiente le pusieron el traje con el cual le llevarían a enterrar. A pesar de tener su valor acreditado en los días gloriosos en que se fundó el Imperio alemán, no le pusieron el uniforme militar; nadie dudó un instante que el traje con que debía bajar a la cripta sepulcral de sus mayores era el de caballero de San Huberto, la Orden de la casa real de Baviera. Su venerable cabeza, con la luenga barba blanca, respondía, en efecto, a aquel traje de terciopelo negro y gola rizada y me recordaba los lienzos inmortales de nuestro Velázquez. Parecía un caballero de aquellos tiempos en que España daba el tono en Europa.

Una de esas estatuas yacentes que se admiran en nuestras vie-



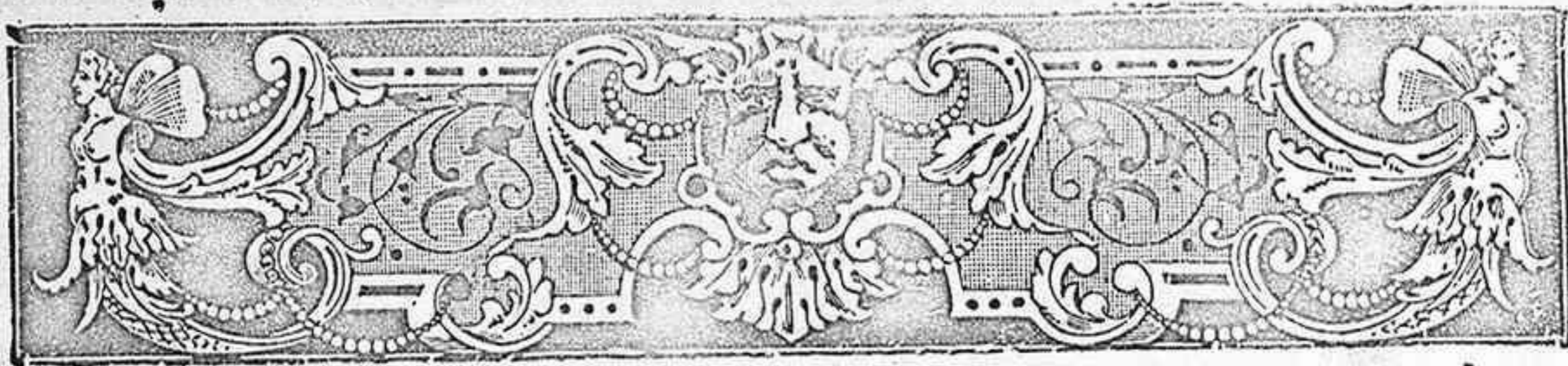
S. A. R. el Príncipe Regente de Baviera dando de comer a los cisnes  
en el lago de Nymphenburgo

jas Catedrales de España. Una paz indecible se reflejaba en el semblante del caballero que con la conciencia tranquila se presentaba ante el tribunal de Dios.

En su testamento manda que le pongan en el ataúd unas flores que le dió su mujer y que secas conservaba, durante los cincuenta años de su viudez, en su mesa de escribir. Creo que este rasgo basta para caracterizarle.—R. I. P.

## PAZ.





DE NÚMERO A NÚMERO

## MIRANDO A ESPAÑA

### La fiesta de la Purísima.



*La fiesta de la Purísima, la más castiza evocación de la Santa Madre de Dios y la más española de sus glorias, se ha celebrado en el país entero con fervor y solemnidad que demuestran que el alma española sigue latiendo en católico y que no se interrumpe una historia escrita bajo el amparo de la Virgen y a ella dedicada.*

*Antaño las banderas de los tercios al flamear vencedoras en Granada, Argel, Túnez, Flandes, América, de polo a polo, llevaban en sus pliegues la imagen de María, protectora de España, y el Ave María era himno de amor y de victoria para aquellos soldados heroicos que conquistaban mundos para la Cruz.*

*Hoy continúa la fiesta de la Purísima siendo la de la Infantería española y los soldadillos que sirven a España y luchan por su vida ya que no por su grandeza, cantan en sus cuarteles y en sus campamentos las glorias de la Inmaculada.*

*Y es que el ejército, como genuina representación del país, hállese libre aún de la lepra libertaria y racionalista y rinde culto a las santas y castizas ideas que hicieron de España la señora del mundo y la tierra católica por excelencia.*

*Del consorcio de nuestra fe con nuestro amor patrio nació aquel heroísmo que superó los obstáculos todos y venció las dificultades*

*que a su paso surgieron y sólo siguiendo la senda que nos enseñaron nuestros padres seremos dignos de continuar la épica historia que ellos escribieron llevando en una mano la cruz y en la otra la espada.*

**F. de LAZCANO,**





## ZURRÓN DE POBRE

MIRANDA DEL CASTAÑAR



**S**UERTE grande que en nuestra privilegiada raza se mantengan sanas las raíces de aquellos profundos sentimientos religiosos que, ni por esas, han logrado descepar los repetidos y fieros turbiones de impías y antipatrióticas modas literarias.

La ruda y pujante braveza del pueblo español, siempre creyente, escupe y rechaza con asco todo linaje de gaiterías innovadoras y revolucionarias. Rinde fervoroso culto a su caballeresca tradición y sigue fiel—a veces si a mano viene trampaleando—el hilo de su larga y gloriosa historia.

Encorralada en la ciudad la numerosa tropa de literatos entrampados (1) no atina, por más que hace, con el portillo por donde asoma viva y penetrante la poesía popular.

Como hay viñas, que es cosa que mueve a risa el ver estas pobres gentes arrojarse con audacia loca a chupar los hollejos psicológicos que deja caer el pueblo y a llenar sus alforjas con el tamo liviano de una literatura estropajosa y patizamba.

Así los veréis por nuestras ciudades tirando bocados a un hueso, como lebreles, a los cuales se le saltan las costillas a puro hambre que pasan.

Asomaran ellos en alguna ocasión por la Sierra, y si parece que tal por la villa de Miranda, y al punto los oiríais vocear—acurrucados en la barbacana de su viejo Castillo—la amarga y punzante leyenda

(1) Con el arte.



que anda revuelta entre los escombros medioevales del odioso feudalismo y las dantescas patrañas y horripilantes tragedias enjalbegadas con la algarabía hiperbólica de romances y coplas.

A mí—¿por qué callarlo?—me estomaga la osadía cuellierguida de estos mamoncetes de la pluma que malrotan el tiempo, si ya no es encamados contando las vigas del techo, despepitándose por inventar *colmos* en los garitos.

Es a ellos, con sus caritas de acelgas, a los que el mundo *documentado* hace campo para que pasen; a los mismos que si le pincháis los calcañales se le sale el seso que las gentes de pueblo esconden en la cabeza.

Son los que van siempre al rabo de Europa; y... *por donde tira la cabra, tira el que la mama.*

Allá ellos, con su pan se lo coman; y vamos nosotros—¡melados con el hierro del atavismo!—a laborear la senara en silencio, con modestia; en buena sazón; sin levantar mano de la mancerá ni quitar ojo a lo alto, teniendo siempre en la memoria aquel dicho decidero tan charro y tan jugoso: *ara bien y hondo y cocerás pan en abondo.*

\*\*\*

Cuál más, cuál menos; pero todos seguramente habéis presenciado fiestas de pueblo.

Yo me encontré afortunadamente este año en la función que hace a su Virgen de la Cuesta Miranda del Castañar.

Las impresiones que guardo en mi zurrón son tantas y me salen tan espesas, que se me enreatan a los puntos de la pluma y me fuerzan a coger el calabozo para desbrozar el camino.

Junto al añoso olivo, donde, según tradición piadosa, se apareciera en tiempos remotos la Madre de Dios, levantó la fe robusta de los mirandinos una linda ermita dedicada a la Virgen de la Cuesta.

Vísperas de la fiesta, 8 de Septiembre, el pueblo entero baja todos los años a sacarla de la casa pequeña para llevarla a la grande.

La Virgen de la Cuesta  
tiene dos casas  
porque en una no caben  
sus alabanzas.

Este año pasado, emparejado con las gentes del pueblo, asistí yo a la procesión.

Presidiendo los cofrades iba don Rodrigo en actitud sólida, de

aplomo, tan aparente con la índole serena de su espíritu calzado con el rico acero del trabajo.

Delante de la imagen moreneta de la Virgen, escogidos a tecedor, iba una cuadrilla de danzarines con las castañuelas mangadas y desempedrando las calles con el garboso garabateo de sus mudanzas.

A las puertas de algunas casas donde lucen velones, candiles y faroles se ven arrugadas las caras de pobres abuelas, que, hincadas de rodillas, enclavijadas las manos y con su mirar apagado y dulcemente suplicante meten prisa a la lengua para deshilar con mucho trabajo una plegaria.

El tamborilero sopla que te soplarás la gaita y duro que te pego al parche.

El zamarrón de la danza espantando con su zurriaga a la innumerable bandada de muchachos, que bullen y se agitan con los movimientos vivos y gentiles de los pájaros que bajan a beber a los regatos.

Sigue su carrera la procesión y luego de allí a un poco dejamos en su casa grande a la Virgen de la Cuesta.

Gente maja y de desgarró la juventud mirandesa se pasa toda aquella noche rondando calles y visitando bodegas, por aquello, sin duda, de que *a mala cama colchón de vino*.

Ello por ello acabaría yo de quedarme dormido, cuando acaeció que por un bisbero de la ventana, ambos a la vez, se colaron la luz amable del día que ya venía clareando y el grato sonar de la gaita que dejaba escapar una alegre alborada. Venía hacia casa la partida de la danza.

Despabilado del todo el sueño y viendo, como ví, que Maese Rodrigo, armado de un tarro de aguardiente y arrastrando un bannasto de rosquillas se disponía a abrir la puerta, agarré y me tiré de la cama por ver matar la bicha; lo cual que otros dicen tomar la mañana.

Era ya de día claro cuando, salerosas y retrecheras, llegaron las mocitas del ramo meneando su saya estampada bordada de canutillo; agitando gentiles el colgante lazo de anchas cintas de seda preso en su moño de picaporte; rasgadas las orejas por el peso de sus zarcillos; haciendo de su pecho—con las cruces, cadenas y dijes entrecruzados—tabilla de platero; con más anillos que dedos; faldicortas y repolludas; más recias que el vinagre; alborotadas como bando de alondras garbanceras que levantan locas el vuelo al ruido de un disparo; con la color encendida y silvestre del madroño; con la

frescura mañanera que deja el rocío en las cerezas de sus huertos: tan modositas, tan ingenuas y, sobre todo, tan contentas!

Sanas y puras alegrías, sabrosas como mañana de fiesta atrave-



Las mozas tejiendo el ramo

sada en el camino de un duro y penoso vivir, como se os conoce, y muy mucho, que sois de pueblo!

Acá en la ciudad, los goces y el contento se esconden perfumados entre los pliegues mimosos de unas caras descoloridas y larguiruchas que enlacia el cosmético. Las alegrías son muy delgaditas y retorcidas y pasan veloces rozando las cabezas abangadas con los nudos de maroma que llaman moños y sobre el pelo encarrujado con hierros.

La sonrisa, acancinada por la malicia y reseca por el hastío, florece entre bostezos y se deshoja entre perfidias e ironías...

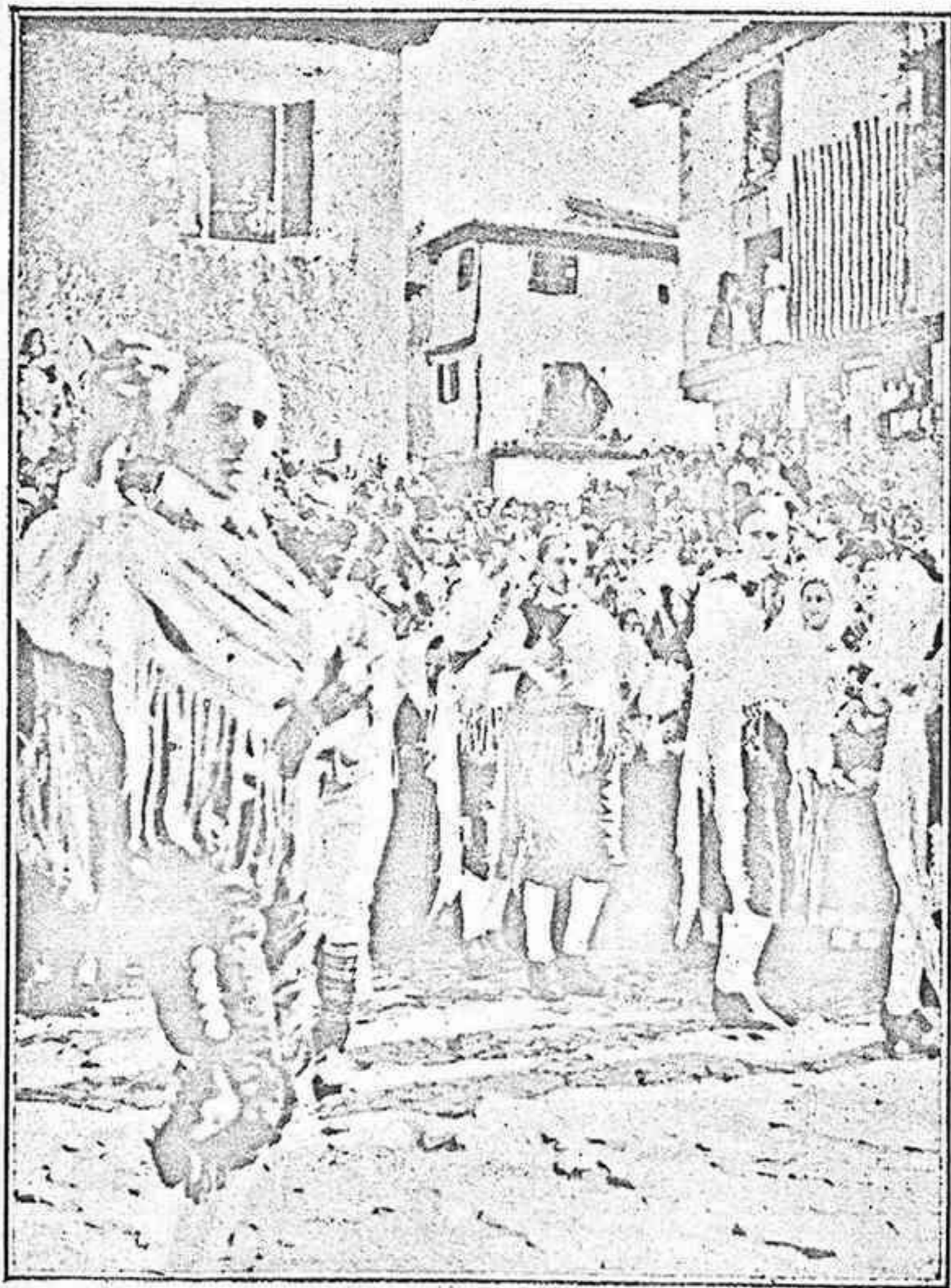
La calle donde yo vivía era—malamente comparado—un cordel de merinas. Iban y venían con sus medias cuartillas de trigo a la cabeza todas las mujeres del pueblo a depositar su ofrenda en casa del Prioste.

Tan limpio y candeal como el trigo que ofrecían con todo el encanto de su fe sencilla, así de relimpias y aromosas andan sus almas. Siempre el vaso al licor sabe.

Llega la hora de la misa mayor; y llegan por tiempos, a la puerta de casa, el Ayuntamiento, los cofrades y la danza.

Remudados de pies a cabeza estos muchachones que tiran a la barra con una viga de lagar y se embaúlan un macho de una sentá, ¿quién—*¡madrita querida!*—los conoce ahora?

Con su pañuelo de seda, a guisa de turbante, sujetando a la cabeza unas matas de albahaca; luciendo en el amplio cuello del camión de hilo crudo dos botones de oro como dos bogallas; a la bandolera un rico pañolón de flecos ramajeado; sonora y reluciente la larga hilera de botones de plata pegados en las aberturas de los azules bombachos; bien estiradas y blancas las calzas; zapato bajo de becerro blanco con sus bigoteras de charol respunteadas; vendien-



Los mozos de la danza

do salud por arrobas y sal a embuelzas, rompen a bailar delante de toda la comitiva y no paran hasta que nos dejan en la iglesia y da comienzo el Ofertorio.

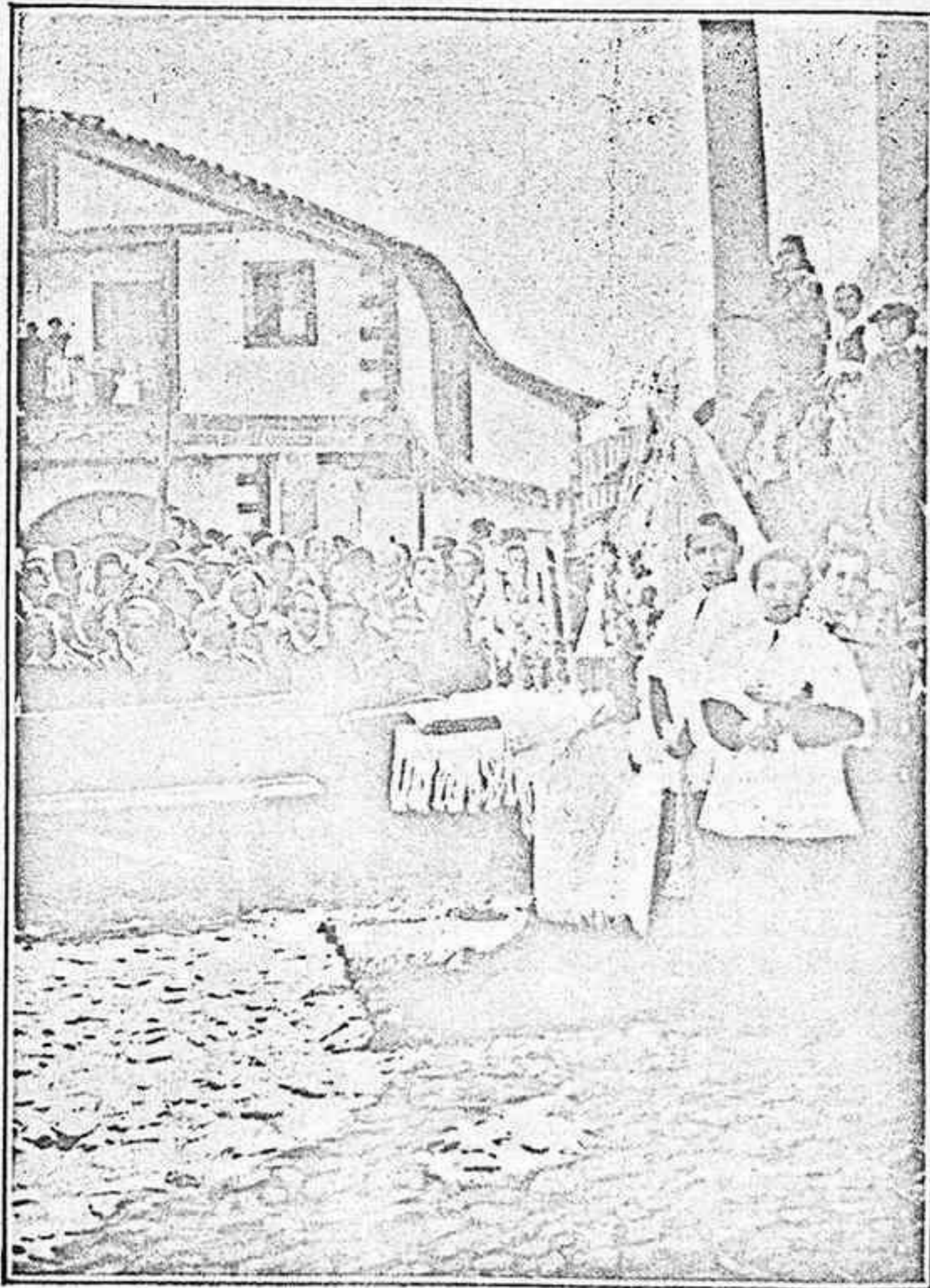
Espectáculo sublime, donde hacen explosión los cristianos sentimientos de la fuerte raza popular de nuestra España.

La Virgen de la Cuesta colocada sobre sencilla mesa cubierta con una colcha.

Sirviendo de valla al pueblo, que berveña y se estruja por ver, los bancos de la iglesia ocupados por el Clero, Ayuntamiento, cofrades y forasteros más o menos ilustres.

En la mitad del corro el tamborilero y los danzarines.

Se adelanta el gracioso de la danza hasta pisar el fleco de una



El ofertorio a la Virgen de la Cuesta

alfombra y con los brazos extendidos hacia la efigie y con voz de fiereza ladradora grita:

Buenos días Nuestra Madre  
 más risueña que el Edén  
 gozo santo dulce encanto  
 de estos ojos que te ven:  
 Cansado vengo y rendido

de andar por toda la Sierra,  
 para encontrar las mocitas  
 que componen estas fiestas.

Desde el momento en que fui  
 por el Prioste invitado

si le podía servir  
con una danza y un ramo  
a la Virgen de la Cuesta,  
un momento no he parado.

Porque mi respuesta fué  
el servirle con agrado,  
y desde aquel mismo instante  
un punto no he sosegado.

He corrido mucha tierra,  
Francia, Italia y Portugal  
sin dormir noche ni día,  
no he podido descansar;  
y no encontrando ninguna  
a las Asturias marché  
con más hambre que un gitano  
y sin tener que comer.

Pues casi no podía  
del cansancio caminar  
y llegando a un ventorrillo  
pedí una libra de pan:  
jecha un vaso, tabernera,  
para poder caminar.

Vuelven con las mozas y sigue el gracioso:

Ya las tenemos aquí  
y vienen tan bien portadas,  
que si las vendiera en feria  
buenas perras me sacara.

Cantar con voces sonoras  
en obsequio y alabanza

Al terminar las mozas vuelve y dice:

Se han portado regular  
para lo que yo pensaba;  
cuarenta oenas de huevos  
se han tomado esta mañana.

.....

A ver vosotros ahora,  
pues tenéis tan malas trazas;  
mirar que os ve mucha gente  
no os empiecen a pedradas.

Ya habéis visto en esas niñas  
con la sencillez y esmero  
que han cumplido su misión:

Al terminar los mozos:

Bien está; se han explicado  
perfetamente los chicos.

Yo presuroso a correr,  
y las vine a encontrar  
lavando en el río de Francia  
a la sombra el Alisal.

Después que las encontré  
le dije que si querían  
venir a cantar un ramo  
a la Virgen de esta villa.

Ellas me dicen que sí  
contentas y con afán.  
¿Dónde vamos a parar?  
En cá Don Rodrigo Sanz.

Pues ya casi no podía  
del cansancio caminar:  
no sé si estarán durmiendo  
o se habrán levantado ya.

Ea, vamos a buscarlas;  
preparar las castañuelas;  
y tú, Joaquín, a tocar,  
porque son de genio recio  
y pueden volverse atrás.

a la que es nuestra Patrona  
de esta villa de Miranda.

Y mirar cómo os portáis,  
que tengo ya hecho presente  
que sois muy buenas muchachas  
y de personas decentes.

pues a todos os prometo  
que si no hacéis otro tanto  
con la zambomba os reviento.

Me dijeron vuestros padres  
que si hacíais bien la danza  
con una buena comida  
vos llenarían la panza.

Pero si lo hacíais mal,  
que no vayáis a comer:  
a el Hornito por lo menos  
tendréis que iros a meter.

Bien puede el señor Prioste  
decir que se ha lucido.

Pues ahora me toca a mí:  
escucharme en lo que digo;  
con arreglar esta danza  
tengo perdido el sentido.

Y no hay gente que digamos  
a la función de este año,  
el toque de esa campana  
parece los ha llamado.

Pregunto a los forasteros  
por qué causa o qué motivo  
habéis venido a esta fiesta  
en tiempo tan afligido.

Pues si venís por zampar,  
en este momento os digo  
que en cuanto salgáis de misa  
todos toméis el camino  
de vuestras casas, que aquí  
no conocemos amigos.

Pues hay gente en abundancia;

sólo de Sotoserrano  
en casa de Juan Motacha  
lo van a dejar pelado.

Ese bien puede con mangas:  
pues es muy festejerón,  
es muy justo que le pongan  
las mangas al camión:  
estuvo allí una semana  
en la fiesta San Ramón.

.....  
.....

Basta de chanzas,  
el rato se va pasando:  
encargo a los forasteros  
que todos vayan marchando.

Y to el que quiera comer,  
a costa de su dinero;  
aquí venden buena carne  
y buen vino el tabernero.

Terminado el Ofertorio da comienzo la misa cantada a botón  
*quita*.

El sermón estuvo a cargo de un mirandés, más bueno que ilus-  
tre. Yo aseguro que tarde se les quita del pensamiento a los serra-  
nos. Y no digo más.

Que Dios te conserve y aumente—querido Gonzalo—el gozo  
santo y hondo que experimentas siempre que haces el bien; y no te-  
mas por mi pluma que discreta sabrá tenerse firme sobre los estribos  
del buen sentido.

Antes la cambio—de no valer para otra cosa—por un legón, que  
ponerla a servir o pedirle algo prestado a la adulación.

¡Sí; aparente es el mozo!

PEROPULGAR.



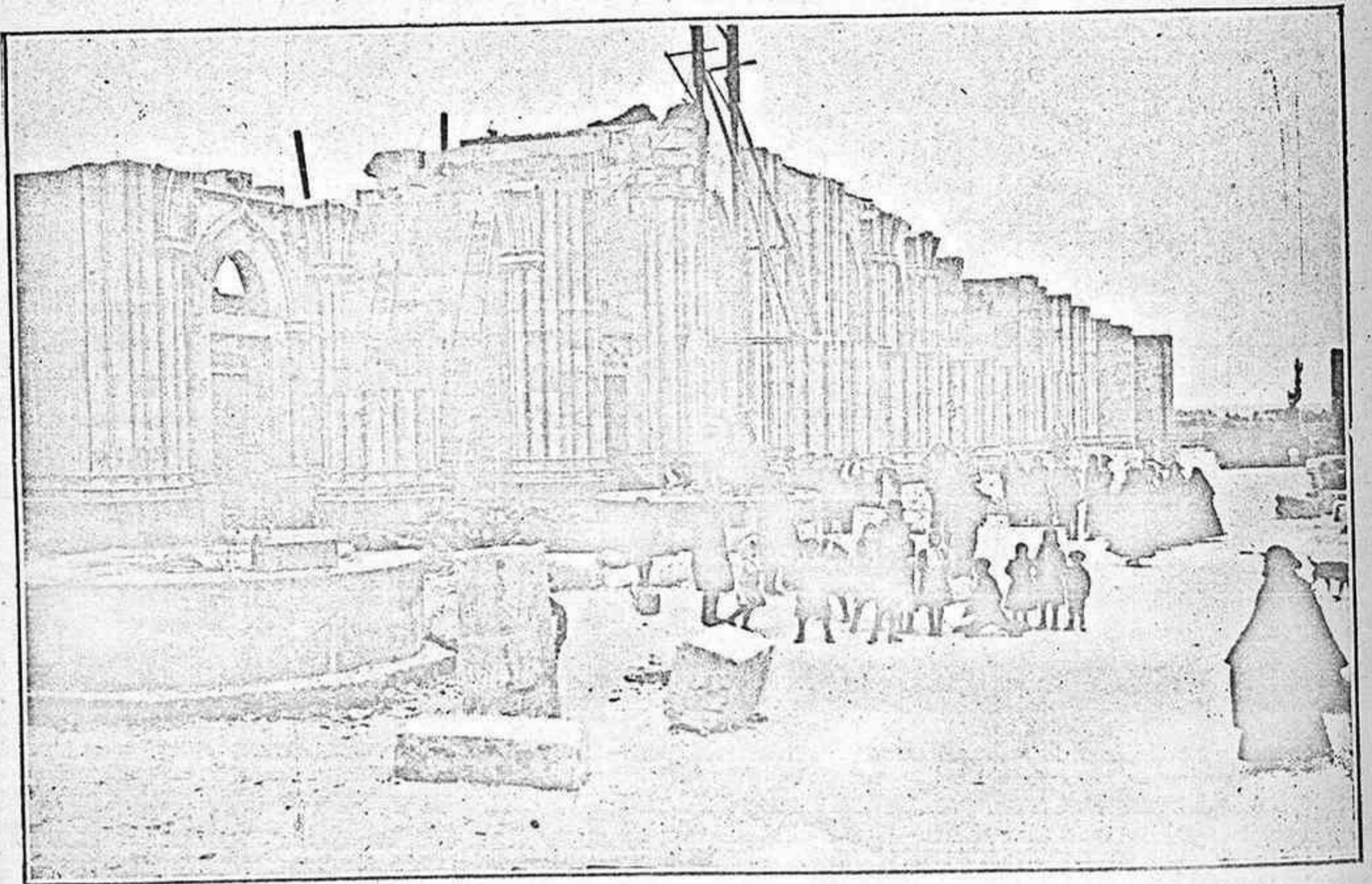


OR los grabados que damos en esta página, pueden formarse clara idea nuestros lectores, constantes favorecedores de LA BASÍLICA TERESIANA, del estado de adelantamiento en que se encuentra la construcción del magnífico templo dedicado a nuestra gran Santa Teresa de Jesús.

Las condiciones económicas en que nos movemos no son lo lisonjeras que fueran de desear y cual se precisan para llevar a cabo una obra de la importancia y grandiosidad de la nuestra.

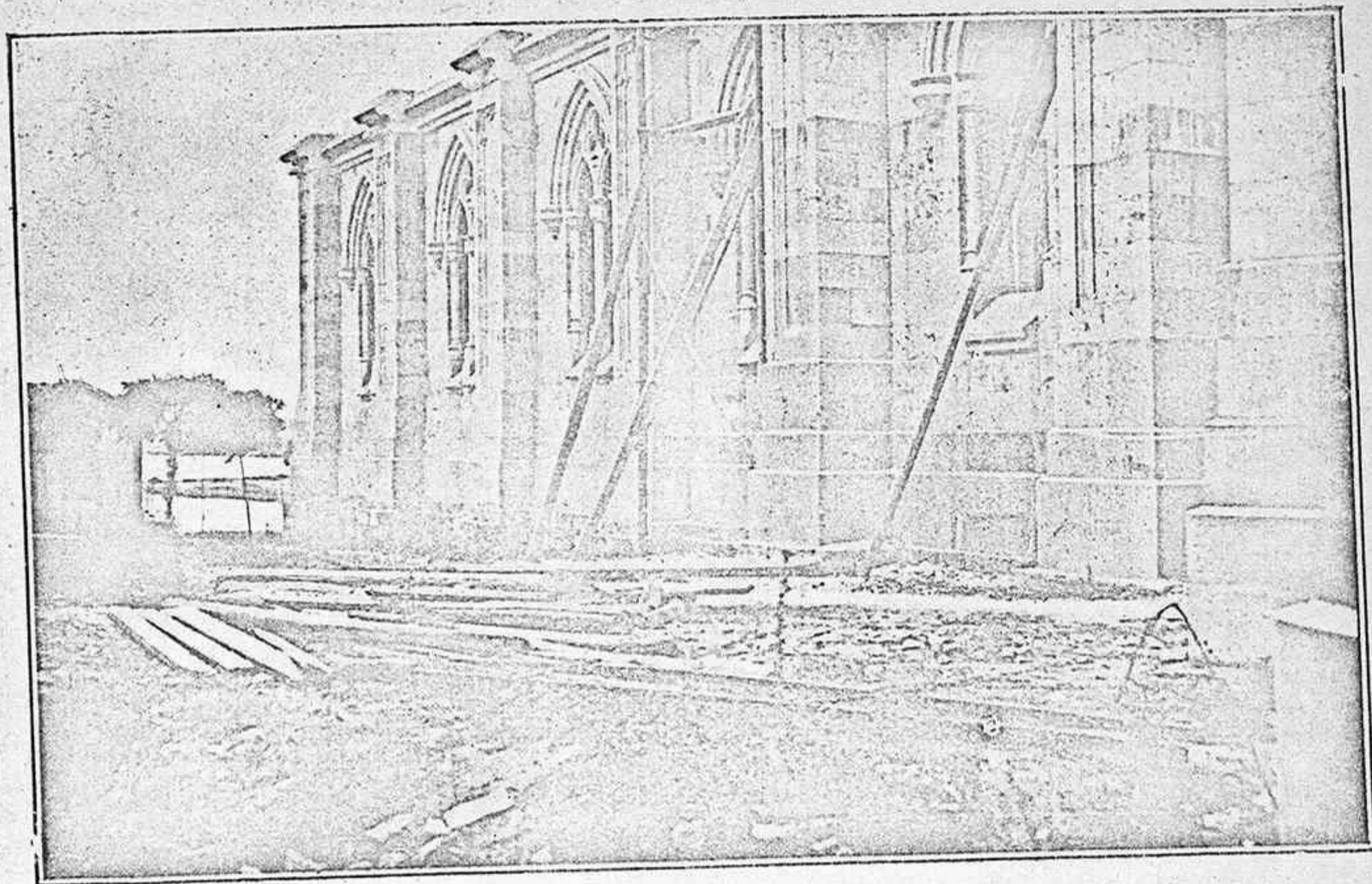
Sin embargo, poco a poco, con los medios con que los devotos de la Seráfica Doctora contribuyen a lá edificación de la Basílica (que constantemente publicamos en esta Revista para satisfacción de los donantes), y con la constancia y el amor necesarios a su realización, vemos cómo de día en día suben y se elevan los muros de la iglesia.

Ya están completamente terminadas cuatro capillas de las ocho que hay que construir; y algo menos elevada que éstas se halla la construcción del resto del edificio hasta el lado izquierdo del crucero.



Vista de las cuatro capillas construídas (parte interior)



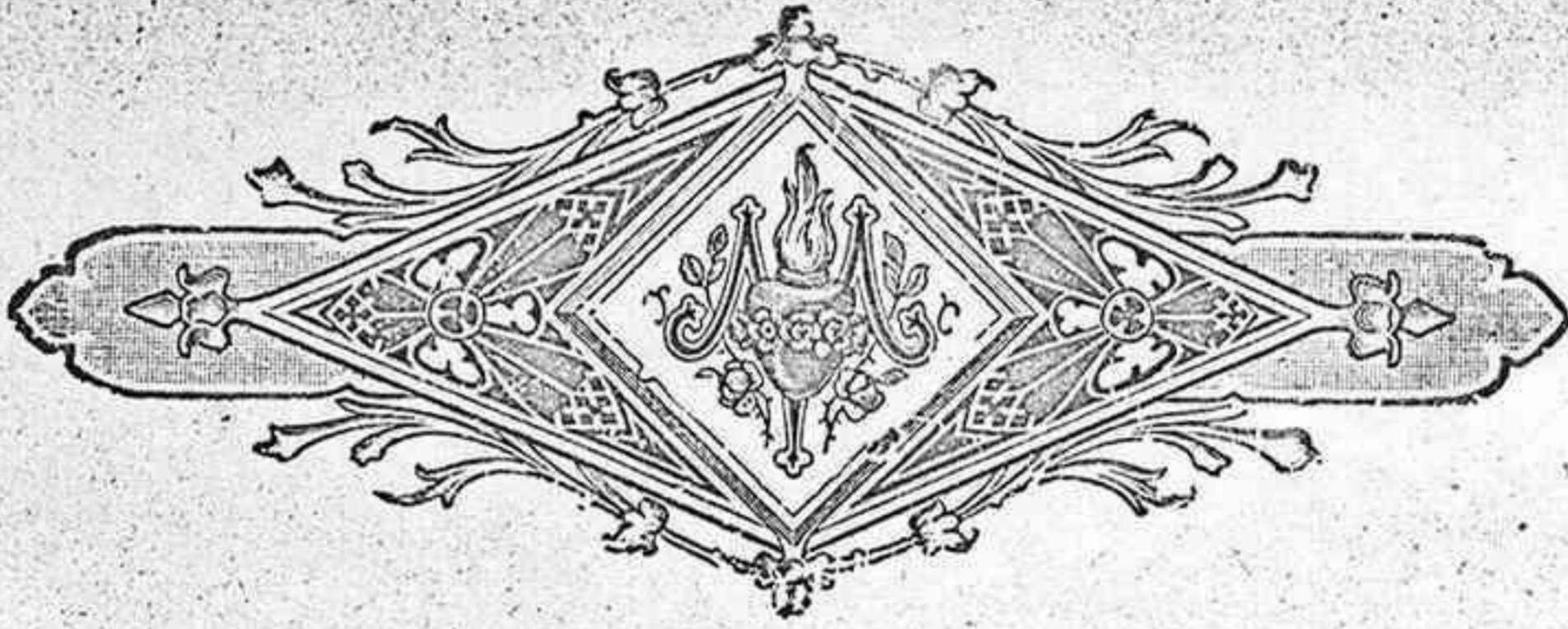


Otro aspecto de las mismas capillas (fachada exterior)

Ahora deseamos continuar los trabajos en las otras cuatro capillas, que ya están a la altura del arranque de los ventanales, pero como de este lado de la obra hay un gran desnivel con relación al pavimento exterior, se hace necesaria la colocación de andamios, los cuales tienen forzosamente que ser costosos, y en los que, naturalmente, hay que invertir cantidades de las que hoy no podemos disponer.

Esperamos que la Santa, como ha hecho siempre en los momentos difíciles por que hemos atravesado, moverá a sus devotos para que acudan con sus limosnas a la erección del templo que ha de pregonar la firmeza de nuestra Fe, de nuestra Caridad, y la devoción de los católicos del mundo entero a Santa Teresa de Jesús.





## BOSQUEJO

---

Ya no alumbran del Sol los resplandores  
las apartadas costas orientales,  
ya bajan los pastores  
del monte fatigados  
trayendo hacia el aprisco sus ganados.

Ya asoma en el Oriente albo lucero;  
la noche se aproxima  
y el cán, de las ovejas compañero,  
recorriendo del monte la alta cima,  
fiel vigilante, a sus espaldas vela;  
ya enciende la candela  
el alegre zagal en el otero  
y de la luna el manso reverbero  
sobre las olas del Jordán riela.

---

Arabes que cruzáis tierra sagrada,  
suspended la jornada,  
que es noche de alborozo,  
de músicas y cánticos y gozo;  
ya se oyen los rumores  
en Betlém de Judá, ya los pastores  
se acercan a la aldea,  
ya la gente con júbilo serpea  
y una estrella ilumina  
la tierra más feliz de Palestina.

Ved allí los umbrales  
de un humilde portal donde ha nacido  
el que ha venido a hacernos inmortales;  
María con amor la cuna vela  
de su infante querido,  
y entre sus brazos cándidos anhela  
dar calor a su cuerpo entumecido.

.....  
Almas sencillas que miráis al cielo,  
cantadle con anhelo  
de vuestro amor el himno más vibrante,  
repita un eco el piélago profundo  
y ante la cuna del Divino Infante  
¡caiga contrito arrodillado el mundo!

Pedro GOBERNADO.





# A la unidad católica

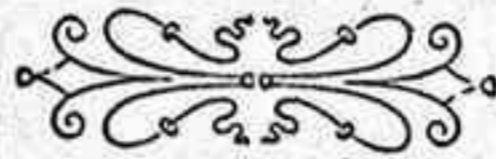
## ODA

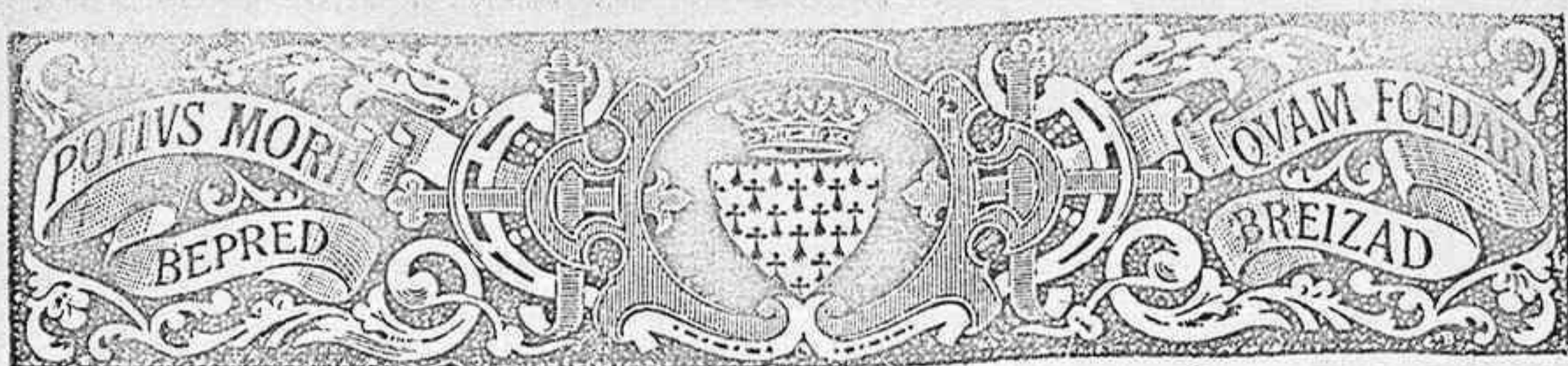
Cual trono soberano  
como alcázar sublime suntuoso  
que, dominando el llano  
de la nación, se alza majestuoso;  
cual soberbio gigante  
que esconde entre las nubes su semblante  
y en dura roca sus dos pies asienta;  
así se me presenta  
esta unidad encanto de mi patria.  
O cual noble señora  
sobre un trono de luz labrado en oro,  
dirigiendo las riendas del gobierno  
real, soberbia, augusta, encantadora,  
columbro a esta deidad, cuya grandeza  
como el emblema eterno  
simboliza la Iglesia, a quien adoro,  
sillar de la unidad, en una pieza.  
En su mirada altiva  
el amor resplandece, y la esperanza,  
de sus manos despide, compasiva,  
dulce placer y espléndida bonanza.  
Es célica, admirable su hermosura,  
y el mundo la contempla entusiasmada:  
su frente como un sol así fulgura  
de trofeos sin cuento coronada,  
sus pies desnudos y terciado el manto,  
y la diestra extendida  
mostrando a las naciones  
los eternos senderos de la vida.  
Tronos, coronas, cetros y blasones

que ella no adorne con su real diadema,  
llevan el sello en sí del anatema.  
¡Qué grandes monarquías  
con la cruz levantaron las naciones!  
¡qué brazos más pujantes! ¡qué bravías  
con la cruz se tornaron sus legiones!  
Alzada ella en la cumbre  
do convergen del mundo las miradas,  
reciben de su lumbrere  
fuerza los pechos, corte las espadas,  
como del vivo sol a los fulgores  
cobran vida y color todas las flores.  
Con la frente serena,  
coronada de púrpura y de oro,  
veo a la antigua Iberia levantarse  
sobre el trono del grande Recaredo,  
y llena luego de lustre y de decoro,  
de pompa y esplendor y gloria llena,  
alzarse allá en Toledo  
con majestad grandiosa,  
relumbrando su cetro en Sisenando,  
y al empuñarle osado aquel caudillo,  
honor de nuestro suelo, el gran Fernando,  
con vigor resurgir y nuevo brillo,  
nuestra olímpica diosa,  
de laureles eternos coronada;  
tremolando la cruz allá en Granada.  
Cabe el sagrado leño  
el mundo trasatlántico tendido,  
a la patria era unido  
por tí, noble bandera.  
Cual águila que extiende generosa  
sus alas inmortales en la altura  
y ofrece cariñosa  
su sombra y su frescor a la llanura;  
o cual cubre la aurora esplendorosa  
de los montes la cumbre en sus albores,  
hincada tu raíz en lo profundo,  
extendiste tus brazos redentores  
sobre la antigua Iberia y Nuevo Mundo;  
y a tus pechos colgados  
como a una madre dos hijos cariñosos,  
con tu leche criados,  
se hicieron dos colosos,  
y así humildes postrados a tus plantas,  
cual temblaban los tronos,  
el rugido al oír de sus gargantas.  
Como corcel normando,  
arrogante y de bríos colosales,

tu pueblo en su grandeza iba pisando  
la sién de tus rivales,  
En San Quintín, Pavía,  
y en Lepanto, gloriosa patria mía.  
Y en carroza triunfal, tú ibas sentada,  
como imperial matrona,  
paseándote triunfante  
luciendo en tu cabeza la corona  
más que el rey de los astros centelleante;  
y la mar, como tímida gacela,  
aquietaba sus olas a tu paso,  
y en la graciosa estela  
que tu manto de raso  
señalaba en su alfombra, y en tus huellas,  
mirábanse orgullosas las estrellas,  
y se admiraba el mundo  
imperando aquel cesar sin segundo  
que no reconocía  
en sus amplios dominios el ocaso,  
sino el brillante sol de mediodía.  
Mas ¡ay! cuando atrevida  
de tu trono arrojaste esa bandera,  
infeliz, ¡qué caída!  
¡qué manchada veo ¡ay! tu cabellera!  
Aquella tu bravura  
la impiedad, cual veneno, ha marchitado,  
ajado ha tu hermosura  
y tus miembros y tu alma ha lacerado.  
Surge, león guerrero,  
del lecho ignominioso;  
sacude la melena, ruge fiero,  
muéstrate a los contrarios espantoso,  
acógete a la cruz con ansia ardiente,  
blande el terrible acero  
y, luchando por Dios siempre valiente,  
volverás a ceñir, león Ibero,  
de laurel inmortal tu regia frente.

Fr. Pedro G. de la PINTA.  
O. P.





# UN RECUERDO Y UNA ORACIÓN

PARA EL ALMA DEL  
SEÑOR ARZOBISPO DE BURGOS



Yo sólo puedo referir aquello que he vivido, la escena en que me ha tocado desempeñar algún papel. La naturaleza es la sola maestra de mi arte, si alguno se contiene en las páginas de mi prosa humilde. Canta mi pluma cuando el mundo me ofrece cuadros alegres; llora cuando refiero las escenas de dolor que ví, y las últimas ¡cuán tristes y amargas fueron! Llegué a la ciudad de Burgos para encontrar inmóvil en su lecho de muerte a aquel venerable Arzobispo, hermano de mi padre, a cuyo lado transcurrieron serenas y apacibles las mejores horas de mi primera juventud. Ya no saldría él mismo a recibirme a la escalera de su palacio, abriéndome los brazos para que en ellos refugiase los desengaños del mundo, ni resonarían bajo aquellas bóvedas los cálidos acentos de su palabra evangélica, maestra de elocuencia y persuasión. El sombrío edificio en el amanecer de un día helado y triste, parecía gemir bajo el peso de un abandono eterno que nada podría, en lo sucesivo, reparar.

Con el ánimo combatido por los contrapuestos sentimientos del temor a ver su cuerpo privado de vida y del deseo de visitarle por última vez, ascendí los sucesivos tramos de aquella escalera, ahora desierta, por la que le había seguido tres años antes el día de su triunfal entrada en la capital de su archidiócesis. Ni el más leve ruido turbaba el solemne silencio de la muerte que hacía horas había-se enseñoreado de la morada vetusta. Seguí avanzando como un au-



Excmo. e Ilmo. Sr. Arzobispo de Burgos



tómata hasta encontrarme en la capilla ardiente. Numerosos seminaristas musitaban plegarias fervorosas. Sin atreverme a contemplar cara a cara los despojos de la muerte, caí de rodillas ante el féretro forrado de terciopelo violeta, del que pendían borlones de oro.

Y felizmente pude llorar y rezar largo tiempo, hasta que el nudo de dolor que me oprimía la garganta se fué aflojando poco a poco. Entonces me atreví a levantar los ojos hasta el cadáver y a contemplar su rostro sereno, en el que se dibujaba una dulce impresión de conformidad y de placidez. Sus manos, recubiertas de guantes morados, oprimían un rosario de cuentas de madera traído por él de Tierra Santa, y alrededor de su cuello destacábase el sagrado palio, insignia de su altísima dignidad. A los pies del cadáver podía verse el sombrero rodeado de viejo cordón de seda verde, entretejida de oro, ajado por el polvo de las continuas visitas pastorales realizadas por las diócesis de Lugo y Burgos por el venerable siervo de Dios.

Su vida mortal de caridad y de sacrificio desfiló en aquellos crueles momentos por mi espíritu con extraordinaria rapidez; sus inagotables caridades con los desvalidos; su heroica asistencia a los coléricos de Cádiz; sus sermones elocuentísimos en las Catedrales y en las más humildes iglesias de las aldeas; sus sacrificios por recoger a los soldados heridos y enfermos de nuestras desastrosas campañas coloniales; sus noches pasadas en vela ante la mesa de trabajo preparando pastorales o estudios históricos; sus horas de cálculo ante los mapas de sus diócesis para que no faltara un sacerdote en los últimos rincones de ella; su desprecio de las vanidades del mundo... y el varón evangélico descansaba al fin de su peregrinar incesante en el seno de aquel Dios inmortal, a quien se había entregado por entero, con heroico renunciamiento, con admirable amor.

Besé reverente el extremo de una de sus sandalias y, abandonando la capilla, fuí a caer en una de las estancias del Palacio en brazos de mi padre, que lloraba amargamente la muerte de aquel hermano insigne que constituía el orgullo de su extrema vejez.

El alba comenzaba a filtrarse por las viejas vidrieras del Palacio, sorprendiendo en sus tristes estancias estatuas de dolor que gemían y oraban por el alma del difunto Arzobispo, y un olor penetrante y enfadoso de cera, incienso y flores percibíase por doquier. Las campanas de la Catedral maravillosa comenzaban a doblar con tristísimos acentos desde el seno de aquellas aéreas torres de pétreos encajes, pobladas de santos y de arcángeles gloriosos, cuyas alas pare-

cían a punto de desplegarse para acompañar en su última y anhelada peregrinación a las regiones eternas de la dicha el alma bienaventurada del preclaro Arzobispo, cuyo cuerpo acababa de reclinarse en el seno de su ataúd, agotado por el deber.

**Agustín MURUA Y VALERDI.**





## El despertar de la raza

---

Por el centro de la calle pasa el Rey.  
Venerando su realeza le han abierto  
paso franco los leales de su grey  
que tenían el camino recubierto.

En el aire todo henchido de tristezas,  
arde el fuego del aliento castellano  
que se inflama frente al odio de un villano  
con amores de gallardas enterezas;  
por la calle pasa el noble soberano  
de una patria que añorando sus grandezas  
se revuelve con temblores de oceano.

Hoy están los cielos torvos. Iracundo  
ruge el viento del otoño moribundo  
desgarrando tenebrosos nubarrones:  
bocas negras que nos hablan de baldones  
prediciendo la catástrofe del mundo.  
¡Cómo duele la tragedia de la vida!  
Un canalla que asesina a un gobernante  
por mandato de una logia patricida,  
un espacio que se enluta amenazante  
para espanto de los hombres que se pierden,  
y una patria que solloza dolorida  
por ultrajes de reptiles que la muerden.

Pero ¡basta! tanto ahondó la mordedura  
que la patria se subleva clamorosa;  
no le aterra la serpiente venenosa  
que al morder esconde el rostro de pavora;  
las traiciones de esa casta que la hiere  
con enconos incapaces de bravura,  
no podrán rendir a un pueblo que no muere,  
nada alcanzan contra el mar alborotado  
de Castilla que ha cubierto con sus olas  
rebramantes todo un mundo esclavizado.  
¡Cuánta vida! ¡vedlo! el aire está inflamado  
con amores de enterezas españolas;  
por la calle pasa el rey hecho soldado;  
lleva un casco belicoso en la cabeza

que a su porte regio añade fineza y pompa,  
brinda el pecho sin pavor a la vileza  
de un balazo traicionero que le rompa;  
en la plata de su acero tiembla y brilla  
la promesa de una gloria floreciente,  
y en la brava tersitura de su frente  
la arrogancia vencedora de Castilla.

¡Cuánta furia! Lloro y grito España entera  
con rugidos que acaloran el ambiente:  
«¡viva el rey! ¡mueran los ruines!»; ya se siente  
descargada de amarguras la bandera  
que se yergue desplegada y altanera;  
ya es el cielo menos triste, más clemente,  
ya en su grieta se ha metido la serpiente  
perseguida por la zarpa de la fiera;  
¡es la raza que despierta de repente!  
¡oh! ¡no salgas de tu angosta madriguera  
sierpe, si amas el tormento de tu vida!  
con la zarpa levantada y justiciera  
un león ruge aguardando tu salida,  
pero si otra vez despiertan tus enconos  
suscitados por el tigre que te azuza  
porque viertas esa baba que chapuza  
de veneno los altares y los tronos,  
si una vez llegan tus odios a cegarte  
para herir sin esconderte, ¡sal traidora!  
¡muerte a España que te reta vengadora  
con el ansia fuerte y justa de aplastarte!  
¡deja el fondo del peñón que te recata!  
y haz siquiera que la historia, al recordarte,  
diga al mundo que te execra maldiciente,  
que una zarpa reventó tu frente chata  
porque osada la escupiste frente a frente.

J. Antonio BALBONTIN.





Una fecha memorable, digna de figurar con áureos caracteres en los anales de la historia, no sólo de la Iglesia, sino del mundo entero, será siempre aquella en que el Emperador Constantino, apellidado con harta razón el Grande, reconoció a la Iglesia los soberanos e inalienables derechos que le merecen tanto su naturaleza de sociedad suprema y necesaria, cuanto la voluntad positiva de Jesucristo, que quiso constituirla continuadora de su misión de salvar a los hombres hasta el fin de los tiempos; hecho por el cual, si la Iglesia podía disfrutar de una paz cimentada sobre tres siglos de la más ruda persecución, si podía recoger los óptimos frutos de la sangre de millones de mártires, si podía salir de las obscuridades de las Catacumbas a la luz esplendorosa de las Basílicas, si podía anunciar públicamente el Evangelio lo mismo en el Foro que desde las alturas del Capitolio, y organizar su jerarquía, y afirmar su propiedad, y fundar y normalizar instituciones benéficas de todo linaje, si podía, en una palabra, desarrollar el plan vastísimo que su divino Fundador le confiara, a su vez, el mundo entero—entendiendo con estas palabras a todas las humanas sociedades—podía prometerse los beneficios inmensos que en todo orden, en el moral como en el material, en el político como en el social, en el científico como en el literario y artístico, era lícito esperar de una sociedad que ya en su cuna se mostraba plétorica de vida, como tan cumplidamente lo ha confirmado la historia de diez y seis centurias.

Nuestro ilustre paisano el Emmo. Sr. Almaraz, respondiendo cual siempre a los deseos de Su Santidad el Papa, ha escrito una hermosa exhortación a sus feligreses excitándoles a celebrar dignamente la fecha que conmemora toda la cristiandad. A continuación copiamos el programa:

*“Certamen científico-literario que, en conmemoración del XVI Centenario de la paz de la Iglesia, celebra la diócesis de Sevilla.—A los católicos españoles: La Junta diocesana de Sevilla, constituida bajo la presidencia efectiva del Emmo. y Rvmo. Sr. Cardenal D. Enrique Almaraz y Santos, convoca hoy a todos los escritores católicos de España a un gran Certamen científico-literario, que habrá de constituir uno de los números del notable programa de fiestas que la diócesis hispalense se propone celebrar, en conmemoración del fausto acontecimiento de la paz concedida a la Iglesia por el Emperador Constantino, con su memorable edicto, promulgado en Milán el año 313 de Nuestro Señor Jesucristo.*

Y es a todas luces tan trascendental el hecho que nos ocupa, de tanta gloria para la Iglesia, tan provechoso su recuerdo para la sociedad en los presentes tiempos, que aun sin necesidad de estímulo alguno habrían de concurrir con noble emulación a este Certamen cuantos manejan la pluma en la católica tierra española, contribuyendo con sólidos y brillantes escritos a ilustrar los variadísimos aspectos que abarca el edicto constantiniano. La Junta diocesana, sin embargo, sino como retribución justa—que no estimaría nunca retribuir dignamente la labor de los escritores católicos—como recuerdo al menos del Certamen, propone valiosos premios, en metálico unos y consistentes otros en hermosos objetos de arte, ofrecidos por distinguidas personalidades eclesiásticas y civiles.

Por lo demás, la Junta diocesana, conteniéndose dentro de su objeto principal, la paz de la Iglesia, ha procurado dar cabida en el presente Certamen a las distintas aficiones de nuestros escritores católicos: la apologética, el derecho, la historia, la crítica, el arte, la arqueología, la bella literatura; esperando por ello, no sin fundado motivo, que, reunidos todos los trabajos, constituirán un monumento imperecedero levantado por la ciencia y literatura española en honra y gloria de Jesucristo y de su Iglesia.

*Temas.*—I. Cambio venturoso que sufrió la condición del mundo merced a la paz dada a la Iglesia por Constantino.—Estudio apologético. Premio, un busto de mármol, «Mater Purissima», regalo de S. M. el Rey D. Alfonso XIII.

II. La alianza entre los dos poderes, eclesiástico y civil, fomenta el legítimo progreso de los pueblos; la opresión de la Iglesia lo retarda.—Estudio apologético. Premio, un reloj lira, regalo de S. A. R. la Infanta D.<sup>a</sup> Isabel.

III. Breve reseña histórica de la vida y principales hechos de Constantino. Premio, una escribanía de plata, regalo del Excmo. e Ilmo. Sr. Obispo de Córdoba.

IV. Sincera conversión de Constantino a la fe católica.—Estudio histórico-crítico. Premio, un magnífico relieve en metal, representando la Agonía del Huerfano, con marco de ébano, regalo del Excmo. e Ilmo. Sr. Obispo de Cádiz.

V. Verdad histórica de la aparición de la Cruz a Constantino y al ejército imperial.—Estudio histórico-crítico. Premio, dos jarrones de plata, regalo del Excelentísimo e Ilmo. Sr. Obispo de Canarias.

VI. El Edicto de Milán.—Estudio expositivo. Premio, dos jarrones de plata y cristal, regalo del Emmo. y Rvmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo.

VII. Regia munificencia de Constantino en favor del culto cristiano.—Elogio histórico. Premio, un magnífico ejemplar de «La Historia de los Papas», regalo del Excmo. Sr. Marqués de Comillas.

VIII. Influencia de la conversión de Constantino en el derecho civil de los romanos.—Estudio histórico-crítico-apologético. Premio, 500 pesetas en metálico, regalo del Círculo de Labradores de esta ciudad.

IX. Influencia que ejerció en el arte cristiano la paz concedida a la Iglesia.—Estudio arqueológico. Premio, 1.000 pesetas en metálico, regalo de la excelentísima Sra. D.<sup>a</sup> Gracia Fernández-Palacios de Recur.

X. Monograma Constantiniano.—Estudio arqueológico. Premio, un objeto de arte, regalo del Excmo. Sr. Capitán General de esta Región.

XI. Santa Elena, madre de Constantino, restauradora de los Santos Lugares de Palestina.—Elogio histórico. Premio, una magnífica pila de agua bendita en mármol y bronce con estuche, regalo de S. M. la Reina D.<sup>a</sup> María Cristina.

XII. Condición de la Iglesia ante la ley civil antes y después del Edicto de Milán.—Estudio histórico-jurídico. Premio, 500 pesetas en metálico, regalo de S. E. R., el Sr. Cardenal Arzobispo de esta Diócesis.

XIII. Celo desplegado por el Gran Cardenal de España D. Pedro González de Mendoza, Arzobispo de Sevilla, en favor del culto de la Cruz.—Elogio histórico. Premio, un objeto de arte, regalo del Excmo. Sr. Alcalde de este Excelentísimo Ayuntamiento.

XIV. El triunfo de la Cruz.—Oda. Premio, un objeto de arte, regalo de la Real Maestranza de Caballería de esta Ciudad.

XV. La paz de la Iglesia.—Poesía lírica, con libertad de metro y número de versos. Premio, un objeto de arte, regalo del Excmo. Sr. Gobernador civil de esta Provincia.

*Condiciones.*—1.<sup>a</sup> Podrán concurrir al Certamen todos los escritores españoles, aunque residan en el extranjero.

2.<sup>a</sup> Los trabajos habrán de ser inéditos, redactados en lengua castellana y de mérito suficiente por sí mismos, no bastando el relativo.

3.<sup>a</sup> El plazo para la admisión de los mismos expirará el 15 de Marzo de 1913.

4.<sup>a</sup> Se enviarán al *M. I. Sr. Dr. D. Federico Roldán, Secretario de la Junta Diocesana, Palacio Arzobispal.*

5.<sup>a</sup> Cada trabajo llevará un lema, que constará igualmente en un sobre cerrado dentro del cual irán el nombre del autor y las señas de su domicilio.

6.<sup>a</sup> Sólo se abrirán los sobres correspondientes a los trabajos premiados; los demás se inutilizarán sin que pueda conocerse el nombre del autor.

7.<sup>a</sup> En el caso de declararse desierto alguno de los temas, la Junta podrá adjudicar el premio correspondiente a otro trabajo que lo merezca, referente a cualquiera de los demás temas.

8.<sup>a</sup> La Junta concederá uno o más *accessits* a los trabajos, que sin merecer el premio, estime sin embargo dignos de esta distinción.

9.<sup>a</sup> La Junta se reserva el derecho de publicar separados o unidos los trabajos premiados, regalando a sus autores, en caso de hacerlo, los ejemplares que estime oportuno.

10. La adjudicación de premios se hará solemnemente en una *gran velada literario-musical*, que habrá de celebrarse en uno de los primeros días del próximo Abril. En ella se leerán las poesías premiadas y algún otro trabajo, en todo o en parte, que la Junta estime oportuno.

*Jurado.*—M. I. Sr. D. Modesto Abín y Pinedo, Canónigo y Prefecto de estudios de este Seminario General y Pontificio; M. I. Sr. D. José Roca y Ponsa, Canónigo Magistral; M. I. Sr. D. Jerónimo Armario y Rosado, Canónigo; D. Ramón Rexach y Cubero, Catedrático del Seminario; D. Joaquín Hazañas y la Rúa, Catedrático de la Universidad; D. Francisco Murillo y Herrera, Catedrático de la Universidad; D. Simón de la Rosa y López, Catedrático de la Universidad; Excelentísimo Sr. D. Fernando J. Reinoso, Director del Instituto General y Técnico; D. Luis Montoto y Rautenstrauch, de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

Para completar nuestra información y poner de relieve los hermosos y santos ideales de nuestro paisano queremos terminar copianáo este párrafo de su pastoral:

«Juntamente con el Certamen y para dar mayor realce a estas fiestas y sobre todo para que de ellas sepamos sacar fruto espiritual, y provecho para nuestras almas, y enviar consuelo al Padre común de los fieles, ved aquí, amados hijos nuestros, lo que hemos pensado sobre el particular, contando con vuestra cooperación y auxilio.

1.º Como el edicto de Milán se promulgó en la primavera del año 313, podríamos nosotros celebrar este acontecimiento en Sevilla, en las fiestas primaverales del año 1913, una vez terminadas las fiestas de Semana Santa y antes de que comience la renombrada feria de Sevilla. Y debería celebrarse con un tríduo solemne vespertino en Nuestra Santa Iglesia Catedral, para lo cual Nos pondremos de acuerdo con el Excmo. Cabildo.

2.º El día siguiente al último del tríduo se celebrará una Comunión general y después solemne función Pontifical.

3.º Erección de una Cruz monumental en el sitio que la Junta designe de acuerdo con las autoridades.

4.º Gran Velada literaria y artística, en el salón de Santo Tomás del Palacio Arzobispal o en otro local más amplio, en la que tomen parte distinguidos oradores y poetas, repartiéndose en ese acto los premios del Certamen.

5.º Iluminar la Giralda, e invitar a los habitantes de Sevilla para que iluminen sus casas durante los cuatro días que habrán de durar estas fiestas.

6.º Una vez terminadas, y hacia el 10 u 11 de Abril, salida de los peregrinos que quieran inscribirse como tales para Roma y el Congreso Eucarístico de Malta».



## Donativos para las obras de la Basílica en Alba de Tormes

	<u>Pesetas Cénts.</u>	
Enviado por D. León Fernández, Párroco de Portugaleta:		
De D. <sup>a</sup> Encarnación Albisua, por sus coros.....	18	>
> > Eloisa Maseda, por ídem.....	87	>
> D. León Fernández.....	10	>
Entregado por las MM. Carmelitas de Alba.....	40	77
Recogido en los cepillos de las obras.....	12	30
Entregado por D. Gonzalo Sanz, de una persona piadosa. ....	2.612	20
Entregado por Fr. Juan A. de Jesús:		
Del Sr. Cura Párroco de Céspedes de Tormes. ....	20	>

**A nuestros suscriptores.**—Con fecha 15 de los corrientes, se han puesto en circulación los documentos de cobro para hacer efectivas las suscripciones del año actual, deseando que esta noticia sirva a todos de aviso para su abono, rogándoles la aceptación de los mismos para no originar trastornos en la Administración.



# ÍNDICE GENERAL

DE LAS

MATERIAS PUBLICADAS

EN LA REVISTA

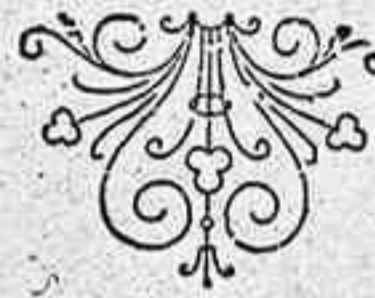
# LA BASILICA TERESIANA



TOMO VII

(SEGUNDA ÉPOCA)

(LO FORMAN LOS NÚMEROS DE 15 DE ENERO  
A 15 DE DICIEMBRE DE 1912)



# I.—ARTÍCULOS EN PROSA

PÁGINAS

TÍTULOS DE LOS ASUNTOS

AUTORES

S. A. R. la Infanta D. <sup>a</sup> Paz.....	De mi vida.—Impresiones.....	Id.	1
»	Id.	Id.	33
»	Id.	Id.	65
»	Id.	Id.	97
»	Id.	Id.	120
»	Id.	Id.	163
»	Id.	Id.	193
»	Id.	Id.	225
»	Id.	Id.	260
»	Id.	Id.	313
»	Id.	Id.	345
»	Id.	Id.	5
F. Lazcano.....	De número a número.—Mirando a España.....	Id.	37
»	Id.	Id.	68
»	Id.	Id.	100
»	Id.	Id.	133
»	Id.	Id.	164
»	Id.	Id.	197
»	Id.	Id.	229
»	Id.	Id.	268
»	Id.	Id.	319
»	Id.	Id.	350
González de Miranda.....	Meditando.....	Id.	10
»	Id.	Id.	45
»	Santa Teresa y la Psicología del histerismo.....	Id.	178
»	Santa Teresa y Fr. Luis de León.—Almas poetas.....	Id.	204
Peropulgar.....	Ensayando un consejo.....	Id.	13
»	Zurrón de pobre.....	Id.	51
»	Id.	Id.	119
»	Id.	Id.	148
»	Id.	Id.	182
»	Id.	Id.	216
»	Id.	Id.	231
»	Miranda del Castañar.....	Id.	320
»	Id.	Id.	352
X.....	En honor de Margall.....	Id.	22